

Estimada Loreto: Le contesto desde Paris donde me encuentro en este momento, asunto que me permite hacerlo desde el aporte del contexto de otra cultura, respecto de lo que puede representar el ser despedido de un trabajo. En general en nuestra cultura somos despedidos del trabajo, en otros lugares cesamos de trabajar en un lugar determinado. En ambos casos el hecho trae consigo un alto nivel de angustia. En nuestro medio la angustia es más fuerte por la ausencia de resguardos sociales que pueden soportar el cesar de trabajar. Pero el punto a considerar es el papel relevante que se le otorga en nuestra cultura al hombre en su papel de pro-veedor. Lugar que lo obliga a sustentar la economía del hogar pero simultáneamente le otorga un lugar de privilegio en la familia. Al parecer se le otorga el derecho de ser un especial veedor en los destinos y decisiones familiares. En cierto modo, no sólo se le otorga una mirada privilegiada, sino también una voz : ser la última palabra. Investiduras, derechos, lugar de privilegio, estado sobresaliente que sostiene al pater – familias en un lugar singular que el siente amenazado al perder el trabajo.

De modo que cuando el hombre de la familia pierde el trabajo, pierde imaginariamente mucho más que eso. Esto trae consigo gestos de autoritarismo como alzar la voz , reafirmar las reglas existentes, crear nuevas, insistir en señalar (las mas de las veces preguntando) acerca de quien manda aquí . Excesos que crean roces y a los cuales la pareja responde con rechazo. Hay que entender que este rechazo a los excesos del marido el los va a leer en el contexto de lo ya explicado. Como una confirmación del desalojo del lugar que el cree imaginariamente haber perdido.

De modo que lo importante aquí es poder entender (y de allí la referencia a otra cultura que para el efecto nos es útil) que los sujetos estamos constituidos por muchas dimensiones, una de las cuales es poder generar el sustento familiar. Las hay muchas otras, que en estos duros momentos hay que poder validarlas. Por ejemplo la de ser padre, marido, esposo, pareja.

De modo que puede ser esta una oportunidad para que dichas dimensiones, al ser valoradas, resaltadas por los hijos y por la pareja, le otorguen al padre herido la posibilidad de recobrar un lugar de privilegio aparentemente perdido.

Hay padres que han tenido que dejar de trabajar por una enfermedad y no obstante esto les ha permitido posesionarse en alguna de las dimensiones que aquí le menciono. Los hijos cuando hablaban de ello se referían a que gracias a que este les ayudaba en las tareas escolares habían podido salvar el año, que al tenerlo cerca lo habían podido conocer más en una adolescencia difícil de llevar. El más chico hablaba ahora que se quería parecer a papá ya que tenía oportunidad de conocerlo. Uno de los hijos se asombraba porque el padre era mucho mas divertido de lo que el pensaba, que nunca hubiese imaginado que dibujara tan lindo y que pudiera ser tan ingenioso.

Entonces la tarea de la mujer no es compadecerlo, o padecer con el esta situación de despido, ya que eso lo ratificaría en la posición de perdida de ese lugar de privilegio.

Se ha perdido un trabajo, pero aunque ello es importante, hay que saber que eso es lo único que se ha perdido, de muchas otras cosas que permanecen y

que pueden ser resaltadas ahora que la importancia imaginaria de un trabajo no las cubre.

Habrá que soportar por momentos la legítima rabia que el jefe de familia ha de sentir por una situación que la percibe (y de hecho lo es) injusta, inoportuna y además en la realidad de nuestro país difícil de revertir. Son criterios de realidad que aunque estén presentes, no podemos permitir que nos despojen de las otras condiciones que portamos como hombres, como padres, como jefes de familia, como maridos, esposos y pareja.

Cuando se dejan de ver los árboles, puede ser ocasión para ver el bosque. El bosque donde el padre seguirá siendo el árbol más fuerte en la realidad de su singular familia, allí donde el afecto sostiene el lugar en lo real, más allá del lugar imaginario que nos puede hacer ilusionar un trabajo. Podríamos pensar que a veces un trabajo representa demasiado para nosotros los hombres. Al punto de constituir la trampa de una dolorosa paradoja. La que nuestro rol de pro-veedor nos hace miopes, nos enceguece respecto de todas las otras dimensiones de jefe de familia, que aunque estando allí, los brillos del trabajo nos impedían ver.

Le diría Loreto, que en estos duros momentos por los que pasa, junto a su esposo y su familia: Habrá que ver. Eso les permitirá juntos, seguir viendo como se van dando las cosas.